



Juan García del Río: un bicentenario melancólico

Rafael Rubiano Muñoz

Profesor Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, Universidad de Antioquia. Coordinador del semillero de investigación *Estudios Sociales y Políticos de América Latina*. Correo electrónico: rafael.rubiano@gmail.com

Resumen

En los avatares del proceso de emancipación política de América Latina, las relaciones entre el intelectual y la política en sus más amplios aspectos fueron determinantes. Guerra y pensamiento político, militarismo y periodismo, opinión pública y acción política, definieron en no pocos casos, el papel de los hombres de letras en nuestro continente en los inicios del siglo XIX. Una de las voces fundamentales del proceso independentista latinoamericano fue el cartagenero Juan García del Río (1794-1856), quien a través de su obra “Meditaciones Colombianas” (1829), realizó una exploración aguda, un análisis de coyuntura retrospectivo, de los dilemas, las disyuntivas y los alcances contradictorios del proceso de emancipación continental, en la que se conjugaron las acciones y pensamientos de los arquitectos de América; valga señalar a Simón Bolívar, San Martín, Andrés Bello, Camilo Torres, entre muchos otros citados por el insigne colombiano.

El siguiente ensayo busca dimensionar en una etapa avanzada de las independencias latinoamericanas, el pensamiento político, los debates jurídicos, el análisis sociológico y la reflexión histórica de García del Río, su papel en la construcción de la identidad de América y su incidencia en las novedades que dicho proceso generó en la larga transformación de América Latina entre los años de 1819 a 1824.

Palabras clave: Juan García del Río; “Meditaciones colombianas”; independencias latinoamericanas; Semillero “Estudios sociales y políticos de América Latina”.

Juan García del Río: un bicentenario melancólico

Presentación. Los dilemas en las independencias latinoamericanas

La reconstrucción de un proceso histórico siempre constituirá un reto y demandará esfuerzos inusitados en la claridad, en la concisión y en el detalle. Más aún, la reconstrucción de “las independencias latinoamericanas”, pues ella demanda esfuerzos analíticos que exigen romper con las miradas habituales y con los lugares comunes transmitidos de generación en generación a lo largo del tiempo. La historia sobre las independencias se ha acostumbrado a ser interpretada en los acontecimientos en sí, a partir de sus fechas emblemáticas, sus batallas excepcionales, sus caudillos héroes, sus ideas recurrentes y coyunturales, en la que se sostiene de común las consideraciones de narrar los “hechos” tal como ellos acaecieron, apoyados en una tradición que es usual de la mirada de la historiografía positivista. Como lo explica el historiador argentino José Luis Romero, estas versiones fundacionales de la identidad continental hacen parte de las explicaciones históricas de las élites latinoamericanas, que justificaron, según sus intereses y posiciones, las narrativas nacionales que legitimaban su poder político regional en momentos aciagos y azarosos (Romero, 2001, p. 4).

A lo anterior hay que agregar la diversidad de mitos que han rodeado las explicaciones frecuentes de la gesta independentista. Aunque una obra titulada “El mundo de las ideas y la Revolución Hispanoamericana de 1810” (1956), de Ricardo Levene, explora de manera exhaustiva las influencias de las corrientes ideológicas que determinaron las concepciones de las mentalidades de los grupos intelectuales hispanoamericanos de la emancipación, por sí sola ella no abraza la complejidad como no resuelve con holgura las inquietudes sobre los nexos de las ideas y la Revolución en Hispanoamérica. Lo que es sorprendente de un trabajo de las dimensiones de Levene es su capacidad para rastrear la continuidad como la constancia de las ideas de la “Libertad y la Justicia”, en un extenso entorno que abarca un proceso acumulado que va desde la Conquista hasta mediados del siglo XIX, donde según Levene se definieron los rasgos del pensamiento político de la emancipación de nuestro continente, en la que incluye aquellos discursos utópicos de la redención humana que en América se prodigaron hasta el siglo XX.

Aunque la referencia de Levene es ineludible, y pese a lo íntegro, loable y meritorio de su trabajo, su investigación no deja de causar algunas interrogaciones que se han convertido en el campo de estudio de los más recientemente destacados historiadores interesados en América Latina, esto es, lo problemático de las relaciones entre las ideas, las corrientes ideológicas y la revolución con las prácticas sociales o políticas (Cf. Guerra, 2001).

Por lo demás, esta perspectiva entre las ideas y la revolución hispanoamericana no deja de suscitar valiosas reflexiones así como interrogantes y preguntas inusitadas. Valga la pena situar por ejemplo al azar algunas preguntas como las siguientes: ¿Bajo qué condiciones se pudieron recepcionar y aplicar esas ideas, por lo menos a finales de los siglos XVIII y XIX en Hispanoamérica, en medio no solamente de una sociedad tradicional, sino igualmente amparada en prácticas tradicionalistas que limitaban la circulación como la discusión de dichas ideas? ¿Eran ideas que se transmitían en exclusiva entre los grupos minoritarios de

élites ilustradas, o por el contrario contaban con la inmensa mayoría de la población en cada una de las regiones de Latinoamérica? ¿Existían pues los adecuados escenarios de la opinión pública como para construir un ambiente de recepción, difusión y discusión de esas ideas, pese a las condiciones de control o monopolio, como dada la escasez en la información, la preponderancia de las bibliotecas privadas y altos niveles de analfabetismo? ¿Cómo llegaban esas ideas al pueblo y cuáles fueron sus medios de participación en la discusión de las mismas?

En el prólogo al libro sobre “El pensamiento político de la Emancipación”, el historiador argentino José Luis Romero admite que el filtro de las relaciones ideas y emancipación en Hispanoamérica se produjo, por un lado por la comunicación marítima, que era por lo demás, muy lenta, y en otro sentido, porque no pocas de las obras, autores y libros considerados “libertarios” para el momento, fueron traducidos por las élites ilustradas minoritarias españolas, que a su vez, pararon en manos de los grupos burgueses ilustrados hispanoamericanos a través de sus viajes y en sus bibliotecas privadas, lo que explicaría la insularidad y el carácter elitista de las corrientes de ideas que matizaron el pensamiento de la emancipación (Romero, 2001, p. 60).

Si bien se destacan de manera general y vaga las influencias de las ideas de la Ilustración europea, la Revolución Francesa de 1789, la Revolución Norteamericana, el modelo de monarquía constitucional inglés, el impacto de las ideologías comerciales burguesas, el utilitarismo filosófico y las ideas del liberalismo radical con la Reforma protestante de 1517 en las Revoluciones Hispanoamericanas como ideas determinantes (Ocampo, 1999), las investigaciones están todavía por reconstruir una mirada de conjunto, porque son trabajos que apenas se desarrollan en el ámbito local-nacional, desde los próceres de las independencias, desde los caudillos militares, desde sus grupos ilustrados minoritarios, sin establecer puntos de contraste y de comparación con otras latitudes continentales, nexos o vínculos de confrontación a nivel de Latinoamérica.

Aunque a lo largo del siglo XX los trabajos del chileno Mario Góngora, y específicamente su obra titulada “Historia de las ideas en América Española y otros ensayos” (2003), y los del profesor colombiano Rafael Gutiérrez Girardot con su obra “El intelectual hispanoamericano del siglo XIX” (1989), tiendan a desmentir lo anteriormente anunciado, lo cierto es que sus desarrollos analíticos e investigativos resultan un faro inevitable, son obras seminales, fundacionales y ejemplares para pensar la historia intelectual y cultural de Hispanoamérica en el siglo XIX y XX bajo una mirada de conjunto (Cf. Gutiérrez, 1989).

Con todo, sopesar cada una de estas influencias y, aún más, vincularlas al proceso de la gesta de emancipación latinoamericana, puede correr el riesgo de la generalidad en no pocas ocasiones, sin dar plazo a profundizar en las especificidades o en las particularidades, teniendo en cuenta entonces que, por las características geográficas, sociales, políticas, administrativas y culturales del continente americano en los albores del siglo XIX, se presentaron esos dilemas insalvables. Como consecuencia de esta aseveración, a diferencia de las revoluciones norteamericana y francesa, las revoluciones latinoamericanas no fueron uniformes en su contexto territorial, ni fueron homogéneas en su acontecer, porque el mismo carácter geográfico y cultural condicionaron no solamente las ideas sino igualmente las prácticas políticas que las dinamizaron a lo largo

del tiempo. Más aún, las condiciones de la estratificación social, las posiciones sociales de sus intelectuales, las condiciones socioeconómicas, como la misma estructura de clases, fue según las ideologías al uso o recurridas, no solamente contradictorias, sino a veces incoherentes o indescifrables en los contenidos de los programas que se deseaban aplicar a las nuevas realidades sociopolíticas nacionales (Cf. Lynch, 1973).

De ahí las disyuntivas como las contradicciones en el “pensamiento político de la emancipación”, sus variantes como sus complejidades. Justamente nos lo recuerda el gran mexicano Alfonso Reyes, quien en el año de 1936, al realizarse la VII Conversación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual en Buenos Aires, que comprendía el tema de las relaciones culturales entre Europa y América Latina, expuso su texto titulado “Notas sobre la inteligencia americana”. Anotaba allí el mexicano que las relaciones entre intelecto, o mejor, la inteligencia y la sociedad latinoamericana estaban plagadas de disyuntivas. Una entre muchas era la relación entre el tiempo histórico y la labor o la producción científica. Tiempo histórico y reflexión intelectual constituían el mayor dilema de la inteligencia americana, pues como argumentaba Reyes, sin adulación, sin ambigüedad, sin ambivalencia, aquellas características sobre las cuales se desenvolvía la labor intelectual en nuestro continente, estaban marcadas por los avatares de unos ritmos discontinuos y hasta contradictorios. Esa disyuntiva ocurre hoy, ya al cumplirse 200 años de nuestras independencias, en su reconstrucción y en su recorrido, pues como lo afirma Reyes:

3. Nuestro drama tiene un escenario, un coro y un personaje. Por escenario no quiero ahora entender un espacio, sino más bien un tiempo, un tiempo en el sentido casi musical de la palabra: un compás, un ritmo. Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado el tiempo a que madure del todo la forma precedente. A veces el salto es osado y la nueva forma tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de alcanzar su plena cocción. La tradición ha pesado menos, y esto explica la audacia.¹

Desde esa óptica entonces, la reconstrucción de las independencias latinoamericanas pasa por una serie de dilemas o disyuntivas, que demanda, más que un recorrido narrativo plano de su historia, la reflexión detenida de sus contradicciones o controversias, sus dilemas más prominentes, por lo tanto, la exigencia por hacer “viva la vida histórica”, como solía replicarlo el historiador argentino José Luis Romero refiriéndose a los retos de la historia en general, pero haciendo hincapié en la historia latinoamericana.² Es una urgente tarea que demanda evaluar las fuentes que se utilizan como sus interpretaciones en dos siglos. En un ensayo del investigador Roberto Breña titulado “Pensamiento político e ideología en la emancipación americana. Fray Servando Teresa de Mier y la independencia absoluta de la nueva España”, se señalan los dilemas sobre los cuales es posible comprender las dificultades en la reconstrucción de los procesos de independencia de nuestro continente.

¹ Reyes, Alfonso (1982). *Notas sobre la inteligencia americana*. En: *Obras Completas*. Vol. XI. México: Fondo de Cultura Económica. Págs. 82-83.

² Romero, José Luis (1988). *La Vida Histórica*. Buenos Aires: Suramericana.

De su exposición sobresalen los siguientes: el carácter pragmático y coyuntural de las ideas de la emancipación; las ambigüedades o contradicciones doctrinales y argumentativas de los textos considerados como propios del “pensamiento político de la emancipación”; la preeminencia que se le da al carácter externo y foráneo que suscitó las independencias latinoamericanas; las dificultades por encontrar lo auténtico y propio del pensamiento de la emancipación, dada la heterogeneidad cultural y geográfica del continente; los aprietos por encontrar continuidades o constancias entre el pensamiento, las ideas y las prácticas políticas, justamente en medio de la diversidad del proceso de emancipación. Estas consideraciones constituyen, entre otros muchos dilemas, las acuciantes dificultades para comprender en su unidad nuestras independencias. Todas ellas son las disyuntivas a las cuales se enfrenta cualquier lector hoy si desea reconstruir los pormenores de nuestras gestas independentistas.

Esos dilemas han esbozado las interpretaciones de las independencias hispanoamericanas, aunque no muchos logran apreciarlas de manera clara o consciente. Lo circunstancial del pensamiento de la emancipación atado a lo coyuntural, resalta el carácter mismo de las independencias, en la que la valoración sobre el contexto internacional y la elección de los momentos de crisis que motivaron el proceso de la emancipación, se explica básicamente por la preponderancia que se le da a las causas foráneas, valga reseñar entre las principales: las reformas borbónicas se consideran como un punto de eclosión del pensamiento de la emancipación, en especial las reformas estatales emprendidas por Carlos III en lo que se conoce como la “Modernización defensiva” (Lynch, 1987, Págs. 10-68), o de otro lado se le brinda un mayor peso a la invasión napoleónica, las abdicaciones de Carlos IV y Fernando VII en Bayona en 1808 (Lovett, 1975, Págs.100-106), lo que marcó la incertidumbre política en ambos continentes, con lo cual se aduce que el vacío de poder incitó el deseo de emancipación del tutelaje hispánico, acontecimientos observados como los ejes principales de la coyuntura emancipadora (Mc Farlane, 2009, p. 32).

Las contradicciones ideológicas se pueden considerar no solamente por las situaciones de crisis, sino también porque las independencias se constituyeron en un proceso de transición generacional, en las que se expresaron diversas tendencias ideológicas, según el modo de observarse la intensidad de las crisis o los procesos de cambio, como igualmente según el nivel de tolerancia o de injusticia a los eventos referidos. Si como se ha anunciado aquí, las ideas dependieron de la estratificación social de la sociedad criolla (Cf. Romero, 1999), es de notar que situar la “crisis” imperial hispánica exclusivamente como un acontecimiento específico, no advierte la complejidad de las lecturas, los análisis o las reflexiones que se hicieron de manera inmediata como de las decisiones políticas que se asumieron, o se tomaron no solamente frente a España (Cf. Bagú, 1949), sino en el juego de poderes a nivel mundial, es decir, la participación de los imperios coloniales dominantes: Inglaterra, Francia, Holanda, primordialmente (Cf. Ocampo, 1998).

Otra línea de interpretación considera la posibilidad misma que las independencias se dieron a partir de las contradicciones de las clases que componían la Hispanoamérica de finales del siglo XVIII y XIX, de ahí que fueran calificadas algunas veces al calor de las disputas como relativas, absolutas o restaurativas. Ejemplos no bastan para esta referencia analítica, los calificativos de las independencias, sus alcances o sus consecuencias fueron medidos o evaluados o examinados según el lente del prejuicio o según la magnitud de la

“agresión moral” producida por la corona imperial (Cf. Buisson, Kahle, König y Pietschmann, 1984). Lo anterior es claro en los orígenes intelectuales de las independencias latinoamericanas; la famosa “Carta dirigida a los españoles americanos” 1792, del ex jesuita peruano Juan Pablo Viscardo (Cf. Brading, 1988) (Cf. Viscardo, 2004) y el dominico mexicano Fray Servando Teresa de Mier con su “Primera” (1811) y “Segunda” “Carta al Español” (1812), en la polémica por la representación americana a las Cortes de Cádiz (Cf. Mier, 1987), exponen las diversas razones, mediante cartas y ensayos incendiarios que planteaban en su originalidad las ambivalencias y ambigüedades de la emancipación, así como sus alcances y limitaciones.

No es una banalidad u obviedad afirmar que entre las crisis y las actitudes asumidas por los “criollos americanos” ante esos dos eventos, valga insistir, la invasión napoleónica en 1808, como los antecedentes más inmediatos, las reformas borbónicas de Carlos III, irrumpieron contiendas y confrontaciones entre las élites que ligadas a las actividades militares o civiles, políticas o jurídicas, culturales o científicas se plegaron diversas opciones y alternativas, que propiciaron una complejidad que no se puede moldear o esquematizar bajo los ribetes de posiciones ilustradas o, semiilustradas, liberales o conservadoras, tradicionalistas o modernizantes, ya que sus actitudes intelectuales y políticas eran, en ocasiones, entremezcladas en un proceso muy diciente de mestizaje político intelectual de los orígenes intelectuales de las independencias latinoamericanas.

Este dilema es sustentado por no pocos investigadores históricos, a partir de la procedencia de clases y la estratificación social de los gestores de las independencias, según los libros o autores citados, o a través de sus ideas o programas, concibiendo los orígenes intelectuales como un asunto unilateral, aceptando más la uniformidad, sin atender a los giros, las espirales o las variantes tan controversiales, como confrontadoras. Ello no solamente aplicado a los orígenes intelectuales entre quienes se pueden considerar, Juan Pablo Viscardo y Teresa de Mier, ya señalados, sino igualmente a un Juan García del Río, Simón Bolívar, Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, entre muchos otros, que transitan ese largo aliento de las relaciones entre ideas y revolución en Hispanoamérica en el siglo XIX.

Los matices son diversos, se trató para el consenso de muchos historiadores de un proceso, o de varios procesos; su discrepancia o su disenso frente a España se forjó al calor de los acontecimientos acaecidos entre los años de 1808 a 1824, en las batallas o guerras imperiales que azotaron el continente europeo, y a las vicisitudes que experimentaron igualmente los criollos americanos (Cf. Rama, 1982). En conjunción con lo anterior, el dilema de la periodización, esto es, la selección como la evaluación de los acontecimientos que marcaron el camino de la rebelión o de la libertad, los que fueron inusitados como inéditos, se debió, como lo indica el argentino José Luis Romero al referirse al carácter pragmático y contradictorio del pensamiento emancipatorio, (Romero, 1985, p. 10), a las particularidades mismas de orden geográfico y territorial del continente latinoamericano, ya indicadas como consideradas aquí, además a la recepción, difusión, discusión y aplicación de las ideas, que de su origen natural se “bastardizaron”, empleándose según las necesidades como las urgencias político sociales de la hora (Romero, 2001, Págs. 15-36).

Los cierto es que las mismas independencias latinoamericanas se expusieron a la calificación o a los epítetos como igualmente a los adjetivos, dependiendo tanto del lenguaje como de las narrativas a que apelaron las élites que escribían sobre la misma coyuntura, de acuerdo también a la estratificación o posición social que ocuparon en momentos de la crisis hispánica, como de su autobiografía y la herencia que los determinaban, aspectos que añadidos a las incertidumbres políticas, generaron esos múltiples procesos disyuntivos o contradictorios de su pensamiento y acción política, de su incidencia pública política o de su influencia en la opinión general (Leal y Falcón, 2009, p. 61).

Hay que agregar, a las incertidumbres políticas se unían las contingencias de la estrategia militar, las contiendas bélicas o las decisiones armadas en el momento. Una tendencia a reconstruir las independencias en el contexto de las guerras ha opacado, por cierto, la importancia que tienen los discursos, las proclamas o los escritos intelectuales o culturales. La realidad es que entre lo bélico y lo intelectual, el pensamiento y la estrategia militar se enlazaron premeditadamente, a veces una sobrepasó a la otra, o ambas se mantuvieron en un “equilibrio inestable”. Constituye igualmente entre los dilemas del análisis de las independencias, el examinar cómo se acoplaron la actividad intelectual con las acciones políticas y militares o si ambas reñían continuamente, con lo que se pudiera aducir que las revoluciones llevan consigo el horror de las batallas ensangrentadas con las bondades de las ideas más avanzadas o progresistas. Ciertamente es que las independencias latinoamericanas tuvieron sus gestores intelectuales, sus escritores y pensadores, caso ejemplar de esta doble circunstancia, la del intelectual y la política en la independencia es la del cartagenero Juan García del Río (1794-1856), lamentablemente poco leído o consultado como una de las cabezas insondables de las revoluciones latinoamericanas, promotor y ferviente combatiente político intelectual de nuestras independencias, diplomático insigne, periodista, analista político, ensayista, entre muchos de sus haberes personales (Cf. Cacúa Prada, 1995).

Para ultimar esta serie de disyuntivas sobre la reconstrucción analítica de las independencias es menester una referencia más. La distancia geográfica y la difusión de las noticias dependían a lo sumo de la velocidad de la comunicación marítima. El punto de la comunicación entre ambos continentes, la difusión de los escritos públicos y una inmensa población analfabeta, constituía un obstáculo inevitable a los intereses de la gesta emancipadora, aunque recientes investigaciones como la de Françoise Xavier Guerra, con su libro, “Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas” (2001), procure mostrar la dimensión cultural de las revoluciones latinoamericanas, el carácter ilustrado y el papel de la opinión pública como empresa constitutiva de las independencias, validan lo contrario de la mirada estrictamente bélica del evento continental. Aunque las informaciones o hechos noticiosos llegaban tardíamente, o cuando no ellas eran alteradas o trastornadas según las conveniencias del momento, hubo unos orígenes intelectuales que enmarcaron el pensamiento político de la emancipación como se verá en García del Río.

Por ello es de considerar que la reconstrucción de las independencias pasa por diversos filtros. La historia europea de cuatro siglos por lo menos, España en sus múltiples fases imperiales, por ejemplo, de la conquista a la colonización, la historiografía misma de América en el siglo XVIII y XIX, el centenario y el bicentenario en las historiografías

locales y regionales continentales, los intelectuales y su relación con el poder político, los medios de comunicación en su totalidad, en fin, pasa por instancias que median su reconstrucción como sus interpretaciones. Sin embargo, las independencias pasaron por un mayor filtro, la “construcción de las nacionalidades”, ya que las élites que se instalaron en el poder con la descolonización y la caída del imperio español, emplearon con sus intereses diversos, los argumentos que escatimaron eran propiamente los que justificaban su ascenso al poder político, sin duda, atravesados por las disputas en el control de la administración pública, los puestos burocráticos, la confrontación por el dominio del Estado y la construcción de la idea de “identidad nacional”. Estas élites minoritarias durante el siglo XIX, justificaron o menospreciaron los legados de las independencias, en su afán de perfilar la construcción de los estados independientes (Cf. Halperin Donghi, 1985).

Sopesar esos variados dilemas constituye realmente la clave del análisis histórico de las independencias, no solamente por la fiabilidad en la selección de las fuentes, sino igualmente por la capacidad reflexiva que se tiene para encuadrarla en los propios e internos procesos, enlace que resulta el de mayor reto, e igualmente constituye un lugar constante de sus interpretaciones que han de juzgarse de manera analítica (Cf. Lynch, 2001). Apremiar los propios e internos avatares (Cf. Palacios, 2009) reclama la necesidad de analizar cómo desde ese afuera, en el marco internacional, en la crisis o decadencia imperial de la España borbónica (Cf. Lynch, 1976), se fusionaron diversos factores, que desencadenaron desde adentro, la formación de una conciencia “criolla americana” (Cf. Brading, 1973), desatando los sentimientos de injusticia que permitieron la explosión de rebelión o insubordinación, concluyendo con lo que incluso Juan García del Río denominó como “una revolución imprevista” (García del Río, 1945, p. 28).

El dilema de lo intempestivo del proceso como lo admite el gran cartagenero no es motivo u argumento para suponer la poca o nula existencia del discurso intelectual en medio de los ardores de la gesta independentista, por eso volver hoy en los 200 años de las independencias latinoamericanas es “renovar la tradición” (Cf. Henríquez Ureña, 1990) como actividad indispensable a la reconstrucción de la gesta emancipadora, e igualmente como paso a la realidad de la Utopía de América, para decirlo con Alfonso Reyes.

1. Juan García del Río (1794-1856) y las “Meditaciones colombianas” (1829)

Los apartados anteriores nos ponen ante las preguntas sobre el carácter mismo, la naturaleza, la composición o las condiciones de las independencias latinoamericanas. ¿Cómo comprenderlas, estudiarlas, reflexionarlas, aprehenderlas o investigarlas? Si bien se han publicado ya obras meritorias sobre las independencias latinoamericanas que han depurado la acritud o la brusquedad de los textos históricos dominantes en la educación primaria, secundaria y universitaria del continente, en la actualidad, a 200 años de los magnos eventos que nos han determinado en nuestra idiosincrasia y en nuestra identidad latinoamericana, aún inconclusas o por construir, vale la pena acercarse a un personaje poco conocido, que pese a su infravaloración histórica, su desconocimiento en el público general, no es culpable de nuestro desconocimiento (Cf. Rama, 1985), y tanto su obra como su papel en las independencias desdice de la ingratitud en la que se le tiene como

del poco conocimiento a la que se le ha dedicado al “ciudadano de América”, Juan García del Río.

No es el objeto indicar aquí los pormenores de la biografía de García del Río, sólo se señalará que el libro “Meditaciones colombianas” inicia con unas páginas autobiográficas, en las que el propio cartagenero da cuenta de sus peripecias personales, pero señala tres aspectos fundamentales que no son insulares y en lo fundamental muestran esa marca de las relaciones del intelectual y el político en las independencias latinoamericanas, ellas son: su vida en Cádiz y la importancia que cobró para su experiencia la invasión napoleónica; las fuentes intelectuales que señala en su formación política; y la actividad política siendo diplomático en Inglaterra, donde conocería a otro de los arquitectos de América, Andrés Bello, con quien haría una labor encomiable por la ilustración de los pueblos latinoamericanos al editar y publicar el “Repertorio Americano” y La “Biblioteca Americana” (García, 1945, Págs. 5-20), fundamentos intelectuales ambas de la empresa independentista y del proyecto cultural de la emancipación (Cf. Gómez, 2003).

Esa nota autobiográfica de García del Río es interesante porque muestra la formación intelectual y las acuciantes contrariedades de la actividad política, en su vida y desde su vida. Además de dar cortas indicaciones de cómo llegó a convencerse, siendo hijo de españoles, de la causa independentista (García, 1945, introducción, Págs. 21-24). Un trabajo sistemático del recorrido personal, la obra, el pensamiento, las ideas y las propuestas de García del Río, está aún por escribirse, se puede contar con el inmenso trabajo, el de Antonio Cacúa Prada titulado “El cartagenero Juan García del Río. Ciudadano de América” (1995).

¿Por qué Juan García del Río? En las disyuntivas arriba mencionadas, ninguno otro expresó de manera más oportuna los dilemas, las contrariedades, las controversias y las disyuntivas del proceso emancipador en su etapa más compleja, es decir, de los años que iban de las juntas de autogobierno, iniciadas inmediatamente después de la invasión napoleónica en 1808, a las batallas que sellaron las independencias, en especial la de Ayacucho en 1824, en la que se cierra un ciclo de vaivenes y altibajos al pensamiento político de la emancipación. El libro “Meditaciones colombianas” es una obra que por su textura y por sus observaciones reflexivas, ayuda a comprender las complejidades no solamente del proceso de emancipación latinoamericanas, sino también es una contribución invaluable para observar las controversiales relaciones del intelectual y la política en los orígenes culturales de las revoluciones latinoamericanas.

Siendo uno de los aspectos que más se ha debatido en los últimos tiempos, el de la relación entre ideas y revolución, “Meditaciones colombianas” de García del Río es una fuente inmejorable para comprender las relaciones ideas y revolución en Latinoamérica. ¿Propician las ideas las revoluciones? O ¿las revoluciones generan las ideas? ¿Cómo se entrelazaron las ideas con las revoluciones en América Latina? Dicha disputa cuenta con una tradición de reflexión. Como se recordará, la obra clásica de Daniel Mornet sobre los “Orígenes intelectuales de la Revolución Francesa” (1969) es actualizada polémicamente por Roger Chartier en su libro “Opinión Pública, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa. 1715-1787” (1995), específicamente en su primer capítulo titulado “Ilustración y Revolución. Revolución e Ilustración”.

Acudiendo a dos de las autoridades intelectuales que debaten sobre la génesis de la Revolución Francesa, Hipolitte Taine con su obra “Orígenes de la Francia Contemporánea” (1876) y Alexis de Tocqueville, “El Antiguo Régimen y la Revolución” (1856), Chartier reexamina la tesis central de Mornet aduciendo que no solamente las ideas de la ilustración precipitaron los acontecimientos revolucionarios en la Francia del siglo XVIII, sino que es menester incluir allí las prácticas sociales de esas ideas, es decir, tanto las instituciones como los espacios culturales en las que se difundieron, las que constituyeron un bastión que retroalimentó los hechos revolucionarios (Chartier, 1995, Págs., 15-18).

La disputa emprendida por Chartier sobre las mutuas relaciones entre ideas y revolución ha constituido un campo que si bien ha sido muy levemente explorado en Latinoamérica, ha tenido una atención en algunas investigaciones sobresalientes. En el historiador argentino José Luis Romero insistentemente citado aquí, con su prólogo al libro “El pensamiento político de la emancipación” (1977), el historiador uruguayo Carlos Rama con su libro “Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX” (1982), el historiador galo Françoise Xavier Guerra con su obra “Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas” (1992) y el historiador colombiano Jaime Jaramillo Uribe con su texto “El pensamiento colombiano en el siglo XIX” (1970), por sólo mencionar algunas fuentes. Cada una de estas investigaciones abre nuevas interrogaciones como también se sitúa en un plano metodológico de debates y confrontaciones diversas frente a los nexos que se pueden establecer entre las ideas y sus corrientes ideológicas con las diversas revoluciones en América Latina. Dependiendo del lente en que se ubiquen, estos historiadores han explorado las diferentes dificultades de análisis sobre las revoluciones latinoamericanas, sus alcances y posibilidades dentro del marco de las tensiones entre modernidad o tradición, entre progresismo o conservadurismo según las disyuntivas que implicaban, o las especificidades de cada una de las regiones del continente en las que se observaban.

En el prólogo escrito por José Luis Romero al volumen de la Biblioteca Ayacucho titulado “El pensamiento político de la emancipación” se traza de manera sintética la disyuntiva entre ideas y revolución, entre pensamiento y acción política, cuando plantea que no hubo propiamente un pensamiento doctrinario o teórico de las ideas de la emancipación, sino más bien ellas se ajustaron a las circunstancias y a las coyunturas que las dinamizaron, o las desarrollaron en un proceso complejo de mestizaje y aculturación. Las ideas se fueron adaptando a una realidad no solamente compleja sino igualmente contradictoria (Romero, 1985, Págs., 9-11). La indicación analítica de Romero nos arroja a las disyuntivas mismas del proceso revolucionario, en la medida en que establece las fronteras entre ideas y realidades sociales, ideas y acción política, ideas y construcción de la nacionalidad en Latinoamérica, constituyendo así un campo de reflexión sociohistórica imprescindible para comprender no sólo sus avatares sino igualmente todo el recorrido histórico tan contradictorio como dramático de nuestra identidad continental ya a lo largo de 200 años; asunto al que procuraremos mostrar con la obra del intelectual político colombiano de espíritu continental Juan García del Río y con cada uno de los ensayos escritos por los estudiantes del semillero de “Estudios sociales y políticos de Latinoamérica”, quienes durante un año entero se dieron a la tarea de investigar el objetivo aquí trazado en este texto preparatorio.

Para dimensionar esa relación entre ideas y revolución, o los vínculos del intelectual y la política en las independencias, la figura de García del Río es capital. Él constituye una de las voces preponderantes del proceso de maduración de las independencias latinoamericanas, no solamente por su obra “Meditaciones colombianas” (1829), sino igualmente porque su vida misma fue un registro fiel de los avatares, los vaivenes, los acertijos, las incertidumbres, los logros y los alcances del proceso de emancipación latinoamericana. En las novedades del proceso de emancipación política de América Latina, las relaciones entre el intelectual y la política en sus más amplios aspectos fueron determinantes. Guerra y pensamiento político, militarismo y periodismo, opinión pública y acción política, definieron en no pocos casos, el papel de los hombres de letras en nuestro continente en los inicios del siglo XIX.

García del Río realizó una exploración aguda, un análisis de coyuntura retrospectivo, de los dilemas, las disyuntivas y los alcances contradictorios del proceso de emancipación continental, en la que se conjugaron las acciones y pensamientos de los arquitectos de América; valga señalar a Simón Bolívar, San Martín, Andrés Bello, Camilo Torres, entre muchos otros citados por el insigne colombiano. Al dimensionar esta etapa avanzada de las independencias latinoamericanas, el pensamiento político, los debates jurídicos, el análisis sociológico y la reflexión histórica de García del Río, su papel en la construcción de la identidad de América y su incidencia en los novedades que dicho proceso generó en la larga transformación de América Latina entre los años de 1819 a 1824, nos permite una evaluación que a 200 años es imprescindible y es un deber moral de los estudios sociales en la actualidad.

En el primer escrito titulado “meditación primera”, dedicado a las circunstancias de la revolución de América hacia el año de 1819, en donde analiza las frustraciones de dicho proceso en las primeras consignas revolucionarias, especialmente de Venezuela y Colombia, García del Río nos ofrece un panorama general de las condiciones históricas, los argumentos y las justificaciones que permitieron el desarrollo del pensamiento político de la emancipación latinoamericana. Hay una diversidad de coincidencias de García del Río con las ideas esgrimidas años atrás por Juan Pablo Viscardo con su “Carta dirigida a los españoles americanos” (1792), que Francisco Miranda reprodujo en América en el año de 1806, después de ser traducida y publicada en Londres en el año de 1801, y con las “dos cartas” de Fray Servando Teresa de Mier dirigidas al español José María Blanco White (1993), en las disputas sobre las representaciones americanas en las Cortes de Cádiz (Cf. Artola, 1991).

En esa primera meditación se apela ya no al estilo panfletario de los dos próceres intelectuales de las independencias citados, sino más bien al ensayo analítico, donde con argumentaciones prospectivas explora a profundidad las causas, las justificaciones y las legitimaciones de la empresa independista. A lo anterior, García del Río desarrolla de manera honesta y sincera un análisis agudo de las contradicciones, frustraciones y controversias de las independencias en relación con el proceso de transición política, cuando observa el drama de una sociedad que en su intento de “independizarse” se halla aún sometida a las “herencias del pasado hispánico”, para lo cual sin dilación explica que, en las revoluciones, por más radicales que ellas sean, las “instituciones reformadas no cambian las mentalidades de un pueblo” (García, 1945, p. 13), cuando ellas no consultan o no reforman el pensamiento y la opinión popular. Ese primer ensayo escrito en julio de

1829, promueve una serie de reflexiones también sobre el papel de los intelectuales en los gobiernos nuevos, cuando ellos no tienen experiencia, alusión a lo que con posterioridad dirá Alexis de Tocqueville frente a la relación intelectuales y Revolución Francesa (Tocqueville, 1996, Págs., 221-230). Frente a las causas históricas de la independencia, en las que se señalan el despotismo, el tiranicidio y el absolutismo hispánico, ya desde Carlos III y luego con la Restauración de Fernando VII, uno de los análisis más interesantes del escrito es el de la relación entre gobierno, sistemas de gobierno y estadistas en las independencias. No necesariamente los sistemas de gobierno, por más progresistas o avanzados que ellos sean, resolverán las contiendas, los intereses y las disputas de las clases sociales que buscan el control o el poder político. Más aún en una sociedad como la latinoamericana, en donde los partidos y las fracciones de partidos se constituían al calor de los intereses, las luchas, las desavenencias y los combates de clases, inexpertas o como él mismo lo aduce, ambiciosas, incultas y analfabetas, las que después de los procesos de independencia buscaban satisfacer su sed de poder, de ascenso o de inclusión en el nuevo orden político.

La novedad de las independencias fue, según García, ofrecer el clima a la anarquía, el desorden y la violencia de fracciones enquistadas en el poder político. Su crítica al sistema federalista y al republicanismo no dejaba ocultar su defensa al modelo de monarquía constitucional, se debía indudablemente al mito “antijacobino”, no solamente “el miedo al pueblo”, sino igualmente al igualitarismo de las democracias, en las que dirigentes sin educación, ni preparación, conocimientos y liderazgo, con la demagogia propia de los caudillos, contando además con las disputas regionales o locales, cooptaban las nuevas formaciones políticas latinoamericanas en el siglo XIX.

En su “Segunda meditación” ausculta con detalle y a profundidad los problemas jurídicos y legislativos de las independencias en la Gran Colombia, aduciendo las recurrencias o los abusos constitucionales, que antes que establecer el equilibrio de los poderes, suscitaban de manera contraria un continuo o constante desequilibrio, produciendo nuevas formas de despotismo o de anarquía según los casos. En este ensayo resulta de mayor injerencia las reflexiones de García del Río sobre los alcances de las reformas legislativas, los derechos ciudadanos inconclusos y el papel que en ello tuvieron las guerras civiles, intestinas como de nuevo cita García, la demagogia, la propaganda y la manipulación popular de parte de liderazgos emergentes o de partidos fraccionados con dirigentes no ilustrados, que fueron las causas de otro despotismo, el despotismo de las independencias, ya no el hispánico. Las relaciones partidos políticos y pueblos demostraba este estado de anarquía, de guerra civil y de desorden que llevaba a la disolución de la unidad continental.

“La guerra ha desolado a Colombia” (García, 1945, p. 95), con esta aseveración en el ensayo de la “Meditación tercera” profundiza con mayor detalle el cartagenero en las condiciones de la crisis de la “Gran Colombia”, pero agrega unas indicaciones analíticas sobre los problemas que suscita la construcción del Estado nación en Latinoamérica. Como buen lector de filosofía social o de sociología, García opone al orden político el social, y ve que la guerra o la violencia es un obstáculo a la construcción del Estado y de la nación. La unidad política, el orden social y la legitimidad dependen de la construcción de la sociedad, esto es, el Estado construye el orden social, en la medida en que permite la integración y con ella la estructuración de las bases sociales. Hay una alusión muy clara a

las dificultades como a los obstáculos que impiden la construcción de la sociedad desde el Estado, y aún más, esgrime los argumentos sobre los cuales plantea la inexistencia de la nación en Latinoamérica, dada la fragmentación como la anarquía constante de los pueblos que integran la “gran Colombia”.

Las meditaciones “Cuarta” y “Quinta” son prospectivas, en cuanto en ellas se proponen las bases de la reorganización política de Colombia. En estas dos meditaciones finales, García del Río no solamente hizo una defensa acérrima de Bolívar como el caudillo “Mediador o intermediador” (Cf. Lynch, 1987), como la fórmula salvífica que permitiría la unidad continental, además de asegurar las independencias, sino igualmente da una diversidad de indicaciones, planes, programas, proyectos y propuestas sobre la construcción de la nación latinoamericana, acudiendo para ello a ideas que van desde la tributación, la organización de la administración pública, la burocracia, la división de poderes, el legislativo y el ejecutivo, la banca, el comercio, el ejército, entre otros elementos que se destacan en su análisis, pero las ideas que se enfatizan con mayor preponderancia en esos dos ensayos se deben a los temas de la educación pública, el papel de la imprenta y la construcción de ciudadanía. Estas últimas referencias están teñidas de un profundo sentimiento de justicia y libertad, en la medida en que García del Río traza lo que definiría a lo largo del siglo XIX, la unidad continental como el despliegue de la utopía de América, esto es, magna patria, patria de la Justicia de la humanidad como lo recogerían de manera denodada, juiciosa e imperativa, Bello, Sarmiento, Martí, Mariátegui, González Prada, y para el siglo XX, Alfonso Reyes, Justo Sierra, Pedro Henríquez Ureña, José Luis Romero, Mariano Picón Salas, entre muchos otros.

Recorrer al paso los argumentos, las reflexiones, las ideas y las tesis de García del Río nos demandaría una inmensidad de páginas, que habrá que elaborar y cumplir con su legado que está abierto a ser difundido. Entrar en los detalles profundos del pensamiento de García del Río ha de ser la exigencia de un ensayo más sosegado, o de un escrito más conciso como depurado, aquí solo hemos presentado los rasgos más vagos y generales del inmenso cartagenero. Habría sin duda que presentarlo en su más completa dimensión como en su más prístina plenitud intelectual y política, pero su radiografía podría ser la que de nuevo nos procura Reyes al hablar de la “inteligencia americana”, cuando asevera que la audacia e intrepidez, la síntesis y la concisión, la abundancia y la exuberancia, el asombro y la espontaneidad, han sido y serán cualidades únicas del intelectual latinoamericano, frente a la sobriedad que congela, la imparcialidad que castiga o la neutralidad que mata.

La audacia de encarar la inteligencia en convivencia inmediata con la calle y con la realidad misma no solamente fue propia de la naturaleza de García del Río sino de muchos otros intelectuales latinoamericanos. “La inteligencia americana” se orienta a destacar la intrepidez de unos ritmos históricos que no son los ritmos acostumbrados de la inteligencia en la “torre de marfil” o del sosiego de una biblioteca o de una universidad como espacio inveterado de autoridades, verdades o dogmas transmitidos por la fuerza de las tradiciones. La inteligencia americana lleva consigo la aventura de innovar la tradición, revisar el pasado como el auténtico modo de repensar con actitud serena el futuro, por ello, volviendo a Alfonso Reyes, uno de nuestros maestros de América, el filólogo del mundo helénico e indígena por excelencia, rescatamos de su pensamiento la siguiente aseveración que vale para cerrar con el perfil de García del Río:

Más de una vez me vi en el trance de invocar la palabra que a todos nos pusiera de acuerdo: América, cifra de nuestros comunes desvelos... América fue la invención de los poetas, la charada de los geógrafos, la habladuría de los aventureros, la codicia de las empresas y, en suma, un inexplicable apetito y un impulso por trascender los límites (...) Ya tenemos descubierta a América. ¿Qué haremos con América? (Reyes, 1982, p. 192)

Ante la profunda diversidad, ante el carácter ventajoso del mestizaje, ante la pluralidad y heterogeneidad, no solamente racial, geográfica, cultural y social, es necesario postular una reconsideración de nuestra historia a través de otros presupuestos. Es posible pensar lo particular como universal, y es aun más viable pensar la totalidad en lo particular. El secreto no es la extrapolación, y con esto, con la enseñanza de Alfonso Reyes en su impresionante texto “Última Tule y otros Ensayos”,³ es de considerar que es una demanda que nos legaron García del Río, Andrés Bello, Domingo F. Sarmiento, José Martí, Simón Bolívar, González Prada, entre otros, pensar América Latina como unidad (Cf. Gutiérrez, 1989).

Las repúblicas colombianas son un verdadero misterio para el mundo europeo, sobre todo bajo el punto de vista político-social. Acaso, son algo peor que un misterio, un monstruo de quince cabezas disformes y discordantes, sentado sobre los Andes, en medio de dos océanos y ocupando un vasto continente. A Europa no llega jamás el eco de las nobles palabras que pronuncia la imagen de las bellas figuras que se levantan ni la revelación clara de los hechos buenos y fecundos que se producen en Colombia. No. Lo que llega es el eco estruendoso y confuso de nuestras tempestades políticas, la fotografía de nuestros dictadores de cuartel o de sacristía, las proclamas sanguinarias o ridículas de nuestros caudillos de insurrecciones o reacciones igualmente desleales (Samper, 1969, p. 1)

Por el propósito que revisten estos comentarios, el dossier que a continuación se presenta es la construcción de un esfuerzo que viene desarrollando la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia por estimular, por impulsar y por avivar el pensamiento escrito de los estudiantes de la universidad, abriendo el espacio de difusión al semillero “Estudios sociales y políticos de América Latina” que se ha constituido hace tres años. Los miembros del semillero se han dedicado a desentrañar en esta etapa los problemas latinoamericanos no solamente en el plano histórico, sino igualmente en el contexto contemporáneo. El primer foro realizado se tituló “Pensamiento político e ideología en América Latina. A los cien años del nacimiento de José Luis Romero”, realizado el 1º de Abril de 2009, donde se presentaron conferencias de los estudiantes que componen el semillero sobre este insigne y destacado historiador argentino.

En esta ocasión, el semillero, tras un año entero de lecturas y discusiones, ha producido una serie de ensayos, muy tempranos pero no por ello pertinentes y reflexivos, en los que se compendian los debates, las discusiones y las polémicas emprendidas desde el año 2009 sobre el tema de las independencias. Con el título de “Los orígenes intelectuales de las independencias”, el semillero se dedicó al estudio de nuestra identidad, cuyos

³ Reyes Alfonso (1982). *Última Tule y otros Ensayos*. En: Obras Completas, Vol. XI. México: Fondo de Cultura Económica.

resultados fueron la elaboración de múltiples textos escritos por los estudiantes, en los que se consideraron los personajes centrales de nuestro proceso emancipador. A continuación se podrán leer las conferencias del foro que ha organizado el semillero, presentado bajo el título “América Latina y las independencias. Promesas o desafíos”, en la que se podrán seguir las consideraciones de los estudiantes del semillero, quienes con un gran esfuerzo y sacrificio escribieron sus conferencias para abrirlas al debate público.

El dossier inicia con el texto del historiador Juan Guillermo Arias, titulado “Paoli Rossi o Juan Pablo Viscardo. Dilemas o zozobras de la emancipación latinoamericana”, que contiene una variedad de reflexiones sobre el famoso panfleto de este ex jesuita peruano, quien, sin ninguna duda, es una fuente primordial para la reconstrucción intelectual de los orígenes de las independencias latinoamericanas. El texto de Juan Guillermo recorre los contenidos y postulados de este panfleto titulado “Carta dirigida a los españoles americanos” (1792), que contiene referencias históricas, filosóficas y políticas sobre los argumentos justos que implicaba la separación de América, ante los excesos, las arbitrariedades y el despotismo de la corona española tras las reformas borbónicas. El texto de Viscardo contiene incluso referencias y elementos de análisis fundamentales para entender el entramado jurídico político que justificaba la insubordinación, la insurrección, la emancipación, a la que incitaba Viscardo, e igualmente plantea las bases jurídicas de la ruptura de los criollos americanos con relación a la corona española.

El dossier continúa con el ensayo de la abogada y estudiante de Ciencia Política Paola Salazar, titulado “Fray Servando Teresa de Mier y los orígenes intelectuales de las independencias latinoamericanas”. Este dominico mexicano en conexión con Viscardo, es otra de las voces prominentes, claves y seminales del pensamiento de la emancipación de América. En viva polémica con José María Blanco White, las dos cartas escritas entre 1810 y 1811, dirigidas al heterodoxo español exiliado en Londres, son una viva muestra de las polémicas jurídicas de las independencias, sobre sus derechos a la insubordinación y sustenta los reclamos sobre el papel político de los criollos americanos y su representación después de la invasión napoleónica y la instauración de las cortes de Cádiz. El texto de la estudiante Paola Salazar expone lo peculiar de los contenidos de esta carta titulada “Primera carta dirigida al español” (1810), en la que se mezclan los alegatos, las justificaciones y las consideraciones de la causa emancipadora, explicando así mismo las circunstancias y las contrariedades de la separación de América de España en cuanto a su organización jurídica y política.

Completando este ciclo, y en conexión con la intención del tema referido, la estudiante de Derecho Erika Ramírez presenta quizás a uno de los personajes más vilipendiados como contradictorios de la emancipación: el venezolano Simón Bolívar. Su conferencia titulada “La construcción de la utopía de América en Simón Bolívar: el manifiesto de Cartagena (1812) y la Carta de Jamaica (1815)” es una elaboración que se centra en redescubrir el significado continental y la esperanza que subyace al pensamiento, la obra y las acciones del “libertador”. Las paradojas y las contradicciones no desdichan de la colosal construcción en la que se empeñó el prócer latinoamericano independentista. En medio de las múltiples interpretaciones que se ha hecho de Bolívar, esta es una ventana a rescatar sus ideales teniendo en cuenta sus propios escritos y avivar la experiencia y la realidad de que América continúa siendo utopía.

En medio de estas conferencias intelectuales, la estudiante Tania Gómez Alarcón escudriña a los olvidados, al mundo indígena, con su texto titulado “Dominación y resistencia del aborigen. Del período colonial al independentista en América Latina”. Plantea con argumentos las bases que llevaron a la dominación, exclusión y discriminación de los indígenas en América Latina, no solamente a partir de políticas imperiales sino igualmente con el lenguaje y la historia. Su trabajo es una reivindicación por aquellos grupos que quedaron exentos de escribir su propia historia, y que tras siglos de violencia, agravios y atropellos son los que experimentaron los rigores exacerbados, las arbitrariedades de grupos dominantes como los españoles primero, y las minorías burguesas americanas, que les impidieron su natural participación y decisión en los espacios políticos y culturales de América Latina.

Este dossier se cierra con dos escritos más. La estudiante de historia Isabel Cristina Gil escribe sobre uno de los personajes insignes del pensamiento latinoamericano, la socialista sindicalista Flora Tristán. Teniendo como referente esta distinguida protagonista de la emancipación latinoamericana, ella sirve de contexto para reflexionar sobre el papel de las mujeres en los procesos de independencia de nuestro continente. Como lo explica la estudiante en su ensayo, la mujer aparece reivindicada como excusa o como adorno, lo que ha hecho que no se les dé el papel preponderante en la historia oficial y en el sentido común a las mujeres de las independencias, siendo ella el ejemplo del mayor esfuerzo por construir una sociedad mejor, pero ante todo, por llevar a cabo la realidad de la utopía latinoamericana. Como ninguna otra, las reivindicaciones de Flora Tristán trascendieron el ámbito latinoamericano para ubicarse en las utopías socialistas del siglo XIX, que buscaban reivindicar no solamente el mundo obrero, sino también, a la misma humanidad, bajo los signos de la justicia y la libertad.

Para terminar el dossier y los aportes que el semillero de “Estudios sociales y políticos de América Latina” realiza a las discusiones sobre las independencias latinoamericanas, el ensayo del estudiante del pregrado de Ciencia Política, Piero E. Silva, reconstruye las ideas y las posturas básicas del mayor de los personajes de nuestro continente, el “Arquitecto de América”, el venezolano chileno Andrés Bello. Como muchos otros insignes intelectuales de la revolución, como Viscardo, Teresa de Mier, Bolívar, Sarmiento, García del Río, Tristán, entre muchos otros, su producción, su pensamiento, sus obras y sus acciones definieron tanto nuestra identidad política como nuestra utopía. Sus “Silvas Americanas” de 1823, en polémica con los historiadores europeos que calificaron a América como moralmente mala, lo que se conoce como la “Calumnia de América”, fueron invertidas por Bello en su rescate de los indígenas y de la naturaleza, labor sin precedentes en los albores de las independencias latinoamericanas. Dicha utopía de la naturaleza latinoamericana no le hizo merma a su paradójica imagen de España, una España violenta y militar, frente a una España civilizadora y cultural. Esas dos Españas de Bello trazaron una polémica con otros pensadores latinoamericanos de las independencias que definieron nuestra idiosincrasia como nuestras instituciones políticas.

Esperamos que este dossier permita un conocimiento de “Nuestra América” y que su rescate del olvido así como del voluntarismo ocasional como oportunista con que se le defiende, con exotismos consumistas, abra de nuevo la pasión de la universidad, de los estudiantes, de los profesores, de los ciudadanos de a pie por conocer nuestro legado para

cumplir con aquello que fue América como utopía, ya descrita en los textos de Viscardo y Teresa de Mier, recogidos por García del Río y Bolívar, seguido por Bello y Sarmiento, Martí, González Prada, Alfonso Reyes y Pedro H. Ureña entre muchos otros como “Patria de la Justicia” y de la “Humanidad”.

Referencias bibliográficas

Artola, Miguel (1991). *Las Cortes de Cádiz*. Ayer, Madrid.

Bagú, Sergio (1992). *Economía de la sociedad colonial*. México: Grijalbo.

Brading, David. (1988). *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México: Era.

Brading, David. (1998). *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la República criolla, 1492-1867*. México: Fondo de Cultura Económica.

Cacúa Prada, Antonio (1995). *El cartagenero Juan García del Río. Ciudadano de América*. Santafé de Bogotá: Universidad Central

Chartier, Roger (1995). *Espacio Público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. Barcelona: Gedisa.

De Tocqueville, Alexis (1996). *El antiguo Régimen y la Revolución*. México: Fondo de Cultura Económica.

Guerra, Françoise Xavier (2001). *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Gómez García, Juan Guillermo. *El descontento y la promesa. Antología del ensayo hispanoamericano en el siglo XIX*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Góngora, Mario (2003). *Historia de las ideas en América Española y otros ensayos*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Gutiérrez Girardot, Rafael (1989). *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*. Universidad de Maryland.

_____ (2001). *El intelectual y la historia*. Caracas: La Nave Va.

Halperin Dongui, Tulio (1985). *Historia de América Latina*. Madrid: Alianza.

Henríquez Ureña, Pedro (1989). *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Jaramillo Uribe, Jaime (1974). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Temis.

Leal, Carole y Falcon, Fernando (2009). *Las tres independencias de Venezuela. Entre la lealtad y la libertad (1808-1830)*. En: *Las independencias hispanoamericanas. 200 años después*. Bogotá. Norma.

Levene, Ricardo (1956). *El mundo de las ideas y la Revolución Hispanoamericana de 1810*. Santiago de Chile: Jurídica.

Lovett, Gabriel (1975). *La guerra de la Independencia y el nacimiento de la España contemporánea*. Barcelona: Península.

Lynch, Jhon (1976). *Las Revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*. Barcelona: Ariel.

_____ (1987). *Ensayos sobre el Estado y la sociedad en Hispanoamérica*. Bogotá: Universidad Nacional.

_____ (2001). *América Latina, Entre Colonia y nación*. Barcelona: Crítica.

Mc Farlane, Anthony (2009). *La caída de la monarquía española y la independencia hispanoamericana*". En: *Las independencias hispanoamericanas. 200 años después*. Bogotá. Norma.

Ocampo López, Javier (1999). *El proceso ideológico de la emancipación en Colombia*. Planeta, Bogotá.

Rama, Ángel (1985). *La Crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Rama, Carlos. *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina*. Siglo XIX. México: Fondo de Cultura Económica.

Romero, José Luis (1985). *El pensamiento político de la emancipación*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

_____ (1999). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Universidad de Antioquia.

_____ (2001). *Situaciones e ideologías en América Latina*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Samper, José María (1969). *Ensayos sobre las revoluciones políticas*. Bogotá: Universidad Nacional.

Teresa de Mier, Fray Servando (1987). *Cartas de un americano, 1811-1812*. México: Secretaría de Educación Pública.

Viscardo, Juan Pablo (2004). *Carta dirigida a los españoles americanos*. México: Fondo de Cultura Económica.